

En memoria de Leopold Bloom

por Enric González

La memoria es la esencia de la humanidad. Somos puro recuerdo. Auxiliados por las letras y las cifras nos hemos creado a nosotros mismos gracias a la acumulación de conceptos y conocimientos. Incluso nuestros fundamentos morales son memoria.

Pero vayamos al tema, antes de que se me olvide. El tema es James Joyce. El célebre escritor irlandés fue un hombre complicado y dejó una obra complicada. Su gran novela, “Ulysses” (y llamar novela a ese artefacto literario resulta ciertamente reductivo), sigue fascinando a unos y abrumando a otros. Me incluyo entre los fascinados. Por eso quise participar, al menos una vez en la vida, en la conmemoración de un “Bloomsday”.

El protagonista de “Ulysses” es un caballero dublinés llamado Leopold Bloom y la extensa novela relata las peripecias de Bloom en una sola jornada, el 16 de junio de 1904. En 1954, con motivo del cincuentenario de la fecha, a un grupo de devotos joyceanos se les ocurrió celebrar lo que llamaron “Bloomsday” o “Día de Bloom”, repitiendo, más o menos, los movimientos del personaje. No parecía complicado. En su modesta epopeya, el señor Bloom se limitaba a despertarse temprano, desayunar, ir a un entierro, acudir a su trabajo, encontrarse con amigos, comer, beber, evocar ciertas cosas, refocilarse en ideas aproximadamente obscenas y rematar la jornada en compañía de una prostituta, mientras su esposa le esperaba acostada en casa.

Como digo, no parecía complicado. Pero el primer “Bloomsday” celebrado, el de 1954, ya indicó que sí lo era: aquellos pioneros no consiguieron acabar el día en un burdel, como habían proyectado, porque a eso de media tarde, durante la obligatoria parada en el “pub” Bailey, los pocos que aún resistían se desplomaron, víctimas de la intoxicación etílica, tras una lamentable pelea de la que nadie recuerda el motivo.

El 16 de junio de 1992, a las 5 de la mañana, un servidor se encaminó a la Torre Martello, en las afueras de Dublín, para rendir homenaje a uno de sus escritores favoritos. “Ulysses” comienza en la Torre Martello, frente al mar, con el



esos productos altamente sustanciosos añadió al plato unas generosas porciones de hígado, riñones, corazón y pulmón. Aunque me gusta la casquería, mantengo recelos respecto al sistema cardiopulmonar; como no era plan salir con remilgos apenas iniciado el periplo, me impuse ingerir el festín completo, ayudado (como casi todos los demás) con pintas de cerveza negra.

Ah, la memoria. La mía, respecto a esa jornada, concluye más o menos en el momento de salir del “pub” matutino, transido de “emotividad” y amiguísimo del embajador holandés (del que jamás he conseguido recordar ni el nombre ni el aspecto). Supongo que nos sosteníamos mutuamente. A esas alturas, a nadie se le entendía lo que leía. Recuerdo vagamente que seguimos, por pura voluntad, con el recorrido por Dublín. Dudo que llegáramos al almuerzo, y tengo la seguridad de que no conseguimos batir la marca establecida por los pioneros de 1954. Yo, al menos, no lo

EN LA NOVELA, BLOOM SE ZAMPA UN TÍPICO DESAYUNO IRLANDÉS: TOCINO, SALCHICHAS, JUDÍAS, BUDÍN BLANCO, BUDÍN NEGRO Y TOSTADAS.

ceremonioso afeitado del gordo Buck Mulligan. Ocurre, sin embargo, que los joyceanos suelen llegar ya afeitados y, por tanto, tienen que hacer otra cosa. En mi caso, me entretuve leyendo en voz alta pasajes de “Ulysses” (la idea, ambiciosa, consiste en leer de un tirón todo el libro: unas 40 horas si uno acomete la empresa en solitario) y vaciando una botella de champán que había traído el embajador holandés en Irlanda. Sospecho que el embajador y yo abandonamos el lugar en ese estado que las élites inglesas, tan hábiles en la descripción oblicua, llaman “de alta emotividad”.

Sobre las 7 de la mañana afrontamos el desayuno. En la novela, Bloom se zampa un típico desayuno irlandés: tocino, salchichas, judías, budín blanco, budín negro y tostadas. Pero el dueño del “pub” que nos atendió a nosotros decidió recrearse en la suerte y a

conseguí. A primera hora de la tarde yacía en mi habitación del hotel Gresham, más muerto que vivo y embargado de resentimiento contra la literatura irlandesa en general, y contra “Ulysses” en particular.

El resentimiento no duró. Mi devoción por “Ulysses” permanece intacta. Si no han leído la novela, inténtenlo. Vale la pena. Les parecerá difícil, pero estén seguros de una cosa: es todavía más difícil celebrar el “Bloomsday” ateniéndose al reglamento, y aún más difícil, si cabe, acordarse de cómo acaba la celebración. ●

Enric González es corresponsal en Jerusalén de El País, periódico para el que ha prestado sus servicios en Londres, París, Nueva York, Washington y Roma. Además es autor de *Historias de Londres*, *Historias de Nueva York* e *Historias del Calcio*, los tres editados por RBA.